

# Una sonrisa raramente humana

## Lo vivo era lo junto

«... lo vivo era lo junto»

Luis Rosales

*Madrid, abril 1991*

Sr. D. Luis María Ansón  
Director del diario ABC  
Madrid

**M**i querido migo: Mientras yo estaba viajando por Nicaragua y México publicaste buena parte de los sonetos que te había enviado. A mí regreso me aguardaban tantos pequeños trabajos urgentes que esta carta de gratitud se demoraba día tras día. Ya sabes cuántas veces los asuntos de trámite postergan a los asuntos esenciales (lo que pienso en el fondo es que ésta es una de las leyes desconcertantes en la vida: que las solicitudes y los deberes de menor importancia nos hacen aplazar, a veces para siempre, a los deberes y aún a los deseos más esenciales, más profundos). Y desde luego, para mí era esencial, o cuando menos necesario, escribir esta carta que ahora has comenzado a leer. Pero me era también (y ésta es, no tengo duda, otra causa de su retraso) difícil escribirla. Difícil, porque en ella, junto a la gratitud (me complace añadir que mi agradecimiento hacia ti es múltiple y antiguo), no tengo más remedio que explicarte los motivos de una pequeña decepción: y no sabía cómo mostrarme a la vez agradecido y decepcionado sin que la gratitud pareciese disminuída ni la decepción te resultase contagiosa. También por esto, pues, he guardado silencio en espera de que los dioses del idioma me ofreciesen la fórmula. No me la han ofreci-

do. Habré de conformarme con arriesgarme a que esta decepción estimule la tuya y confiar en que eso en realidad no suceda, porque no lo deseo y quizá ni siquiera lo merezco.

Antes de enumerarte las razones de esta breve desilusión, quiero que sepas que al enviarte ese poema que consta de catorce sonetos cometí deliberadamente un acto que no consiente los nombres de estafa ni de embuste y al que tal vez se abarca con la palabra confusión: te envié esas páginas firmadas con mi nombre, pero fueron escritas por mi heterónimo Horacio Martín. No es nada nuevo en la historia de mis publicaciones. Por de pronto, mi mejor libro, por el que merecí el premio Nacional de poesía, fue compuesto, como es sabido, por Horacio Martín. En el prólogo de Verónica Almáida Mons a una edición reciente de ese libro (*Las rubáiyátas de Horacio Martín*<sup>1</sup>) y en la página 17, compruebo que también he firmado con mi nombre un «Monólogo de Horacio» en el número de junio de 1978 de *Cuadernos Hispanoamericanos*. También, recientemente y en el número 3 (primavera de 1990) de la revista *Taurológia*, he publicado con mi firma un relato de Martín, resueltamente autobiográfico, y titulado «Verticalidad». Por lo demás, en *Cuadernos Hispanoamericanos* y en mayo de 1973, Horacio firmó dubitativamente unas páginas que me pertenecían y que formaban parte de una alegrísima discusión que por entonces mantuve con Julio Cortázar (quien se nos fue temprano e irreparablemente). Algunas otras publicaciones nos habremos mutuamente atribuido. No las recuerdo todas ni es importante ese recuerdo, al menos por ahora. En cualquier caso, no ignoro, amigo Luis, que estos desplazamientos de los textos y de las firmas se prestan no sólo a confusiones, sino también a interpretaciones frecuentemente simplificadoras y alguna que otra vez malvadas. La más sobresaliente: aquella que me acusa de ocultar mis responsabilidades emocionales en la invención de un heterónimo. ¿Qué decir sobre esto? Jamás y a nadie he mentido sobre las desmesuras, las pesadumbres, los desvaríos ni los errores de mi corazón, a nadie de mi proximidad he hurtado nunca el espectáculo, con frecuencia desventurado, y odioso en ocasiones, de mis emociones, a veces turbulentas, dicho sea con toda humildad. Y puedo asegurar que no es la falta de coraje de Horacio lo que le lleva a entregarme sus textos para que los publique con mi nombre. Entre Horacio y yo y aquellos que nos aman, y aquellos a quienes nosotros, a nuestra vez, amamos, no existen cartas ocultas ni marcadas. Heteronimia igual a cobardía: es una trivialización que sólo tiene asiento en la ignorancia. Podría aceptar —tal vez asegurar— que la heteronimia y el espanto —que no la cobardía— tienen mucho en común, pero nada hay correspondiente entre la heteronimia y la falsedad. ¿Por qué —podrías preguntarme— me disipo en explicaciones que no le debo a nadie? No para defenderme yo, el desgajado hace ya muchos años en Horacio Martín, sino para defender a Horacio, que nació siendo mi maestro y a quien hoy más que nunca yo necesito defender, porque está raramente enfermo.

Consíenteme que, por el momento, no te hable de esa enfermedad de Martín. La menciono para que comprendas con tu mejor talante de respetuoso lector de poesía

<sup>1</sup> Edit. Anthropos. Barcelona, 1989.

la necesidad de esta carta que contiene un reproche por el hecho de que hayas publicado esas páginas de Martín de manera incompleta y desordenada, mutiladas de sus citas iniciales y su fecha final, y todo ello tras ser despojadas del título —del nombre— que Martín puso a esos poemas, a una mujer secreta y a una etapa llena de plenitud, felicidad y sufrimiento de su propia existencia. Me consuela saber que, debido a su enfermedad, Horacio no ha visto desbaratado su poema. Me desconsolaría que, si alguna vez estuviese en disposición de ver ese poema publicado de forma generosa y a la vez incompleta en tu diario, pensase Horacio que yo no protesté en su nombre. Ojalá recibas esta protesta (que tal vez no vaya enteramente bien encaminada: no es improbable que las alteraciones se hayan efectuado precipitadamente en Redacción sin tu conocimiento, por cuestiones de espacio, de súbita publicidad, o con cualquier otro motivo igualmente usual) no como prueba de ingratitud ni enojo para contigo, sino del inmenso cariño que siento por Horacio Martín. En realidad, ha sido ese cariño, esa honda camaradería con que Martín y yo mutuamente nos defendemos, lo que me aconsejó publicar esa obra suya, con la ilusión de que le proporcionase alegría el verla publicada si alguna vez, cuando su enfermedad lo deposite en la convalecencia —lo que no sé si ocurrirá algún día—, le apeteciese acercarse a sus versos y examinar a su pasado. Pero si eso ocurriese —lo deseo tanto— yo no podría aproximarle esa publicación de sus sonetos en tu diario, por lo desordenada e incompleta. Es por ello por lo que me dispongo a publicar esas páginas de Martín, tal como el poeta las dejara dispuestas, y a agregar a esa nueva edición esta carta que ahora te envío (en la que Martín obtendrá una nueva prueba de mi lealtad a su persona y de mi respeto para con sus escritos), siempre que tu generosidad me de vía libre para cumplir este propósito. Y ahora paso a explicarte por qué esos catorce sonetos debieron aparecer tal como fueron enviados para su difusión.



En primer lugar: los cuatro sonetos que han sido eliminados (en *ABC* tan sólo aparecieron diez, de los catorce con que, no de manera fortuita, como después veremos, se articula la obra) son piezas que Martín consideró esenciales. Por supuesto: atribuir a la vanidad de un poeta el que tenga por esenciales a sus páginas es un hecho frecuente y a veces es un hecho acertado. Pero creo que no enteramente en este caso. Comienzo a explicarte por qué: en el primero de esos cuatro sonetos exiliados de su lugar —el que lleva el número III—, Martín asume y proclama una de las leyes más rigurosas de la moral del amante: el aborrecimiento y la rebelión ante la dictadura del olvido. Hay una cierta concepción romántica del amor en Horacio Martín (ingenua si se quiere, como ingenuos son tantos asuntos de la estructura emocional de los artistas: pero sabemos que es esa ingenuidad, ese candor o, para decirlo con ma-